Un hecho cultural en nuestra memoria

Francisco Pastor Juan, crevillentino hasta la médula

Déjenme que comience con una cita de la Circular nº 46 de la Cofradía de Crevillentinos Ausentes, fechada en Madrid el mes de abril de 1955: ¿Y nuestro enviado especial? Llegado a Crevillente en viaje de novios, probablemente nuestro encargo reporteril le habrá amargado un tanto su luna de miel. Pero como él dirá para sus adentros: "No hay miel sin acíbar". ¡Dios te lo pague Paquito!

Este Paquito era mi padre, Francisco Pastor Juan, crevillentino hasta la médula, tanto, que no tuvo inconveniente en "sisarle" a mi madre, Pepita Alfonso, algunos minutos de su luna de miel, a fin de informarse e informar sobre las actividades de aquella Semana Santa. Sin embargo, nada impidió que ese año, y otros más adelante, participaran en las actividades religiosas y sociales de esta conmemoración, tal y como lo atestigua la foto que incluyo donde posan los dos, y mi tío Pepe (en realidad tío de mi padre), ese mismo año de 1955 en el que asistieron juntos por primera vez.

Cualquier actividad sociocultural, religiosa o no, sirve para crear redes en las que sus miembros comparten afinidades y tareas mediante un sentimiento de pertenencia al grupo; esto viene a conformar una parte de la identidad. Pues bien, la Semana Santa es parte de la identidad crevillentina; los crevillentinos participan, se involucran en esta celebración y, aún estando lejos, sienten y viven estos días como parte de sus tradiciones.

¿Qué nos lleva a los seres humanos a internalizar profundamente diversos aspectos culturales y a reproducirlos durante toda una vida? La respuesta está en el aprendizaje durante la etapa infantil, que nos conduce a hacer nuestras las características particulares de la cultura a la que pertenecemos; estos rasgos formarán nuestra identidad específica y, en condiciones normales, los transmitiremos a las siguientes generaciones con las que convivamos. Este ciclo se ha repetido así desde el inicio de la humanidad, lo que no impide que los rasgos específicos de cada individuo formen personalidades diferentes.

Me gusta reflexionar sobre esto porque, desde que recuerdo, he visto en Crevillente cómo los niños son introducidos en las manifestaciones culturales de una forma tan natural como amena. Centrándome en la Semana Santa, y remontándome a 1930, veo a mi padre, en una foto coloreada, vestido de "Manaó", la historia no la contaré, ya lo hizo él en un artículo publicado en esta revista en 1997, justo cuando se celebraban los 125 años de la Cofradía "El lavatorio", a la que perteneció; el hecho de que él participara a los cinco años en la procesión, fue el detonante para que en su memoria, quedara grabado el acontecimiento, de tal manera que durante todos los años que vivió en Madrid mantuvo siempre el recuerdo vivo, transmitiéndonoslo a sus hijos que, por el hecho de haber nacido en la capital, no hemos dejado de sentir (y disfrutar) nuestro origen crevillentino.

Como veíamos, la cultura la llevamos dentro desde niños, la aprendemos y la aprehendemos sin darnos cuenta hasta que, cuando queremos ver, formamos parte de ella, de tal manera que no se nos ocurre pensar que la forma de hablar, de jugar, de comer, de reunirnos, etc. es una parte de nuestra identidad, algo específico que no se repite de la misma manera en otro lugar. Nos hemos criado adoptando una serie de rasgos que nos identifican con nuestros orígenes y congéneres, al mismo tiempo que nos diferencian de los demás. Pues bien, uno de los aspectos culturales que más nos une es la comida; en torno a la mesa nos reunimos y compartimos alimentos, elaborados con nuestros productos tradicionales, conocidos y disfrutados desde la infancia. Cuando en el transcurso de la mañana del Viernes Santo, acompañada de mi familia, me sentaba para comer el pan tostado con aceite, junto al bacalao y los ajos, acompañado de habas y olivas (sin olvidar el vasito de vino para los mayores), tenía ante mi unos alimentos sencillos pero llenos de contenido emocional, mi mente se remontaba a mis primeros años en el pueblo, viendo a los hombres salir del horno con las bandejas del pan, repartiéndolo por las mesas de cada Cofradía entre la algarabía de los comensales. Y cuando por alguna circunstancia no podíamos asistir a la Semana Santa en Crevillente, no faltaban en mi casa los ingredientes que nos acercaban a través de olores y sabores a nuestro pueblo.

Aunque viví durante mucho tiempo fuera de España, tuve la suerte de disfrutar con mi padre los últimos años de su vida, puede acompañarle, en familia, a seguir la Semana Santa crevillentina, a tomar en comunión (termino que identificamos con un hecho religioso pero que significa compartir, en cualquier ámbito) el almuerzo con el "pa torrat", para verle después acompañar a la Dolorosa, cantando, junto a todos aquellos crevillentinos que unidos por un vínculo intangible, proyectan su identidad más allá de donde pueden imaginar.

Los actos como la Semana Santa crevillentina, de la misma manera que otras manifestaciones asociadas a creencias religiosas en cualquier lugar del mundo, son una muestra de la propia cultura y, por tanto, la realización de los rituales que cada celebración conlleva no hace a las sociedades superiores o inferiores, las hace diferentes, específicas, peculiares. Mi padre siempre lo supo, y esa fue su fe. Gracias a él por enseñármelo.

María José Pastor Alfonso



"La Semana Santa es parte de la identidad crevillentina; los crevillentinos participan, se involucran en esta celebración y, aún estando lejos, sienten y viven estos días como parte de sus tradiciones."